

Allí donde nos encontramos

Brindis, reuniones y abrazos
en la literatura clásica y moderna



**Anna Pacheco, Arthur Rimbaud, Jane Austen,
Emilia Pardo Bazán, Miqui Otero, Herman Melville...**

COMPILADO POR GONZALO TORNÉ

ALLÍ DONDE NOS ENCONTRAMOS

Brindis, reuniones y abrazos en la literatura clásica y moderna

Compilado por Gonzalo Torné

© por la compilación y el prólogo, Gonzalo Torné, 2021

© por *Los saludos*, Anna Pacheco, 2021; © por *A ver si nos vemos*, Miqui Otero, 2021
Ambos por mediación de MB Agencia Literaria, S.L.

© por el fragmento de *Incierta gloria* de Joan Sales, Club Editor 1959 S.L.; © por *Revista de bares*, Jaime Gil de Biedma, 1966, y Herederos de Jaime Gil de Biedma; © por *Un árbol. Una roca. Una nube*, The Estate of Carson McCullers and Columbus State University's Carson McCullers Center for Writers and Musicians, 1951; © por la canción «Acordarnos», Manolo Martínez

© por las traducciones de los textos de Jane Austen, Omar Jayam, Joan Sales, Aristófanes, Catulo, Fernando Pessoa, Yosa Buson y François Rabelais, así como por las traducciones de los fragmentos de *Carmina Burana* y *Cortesanas y opio*, Gonzalo Torné; © por la traducción del texto de R. L. Stevenson, José Torroba; © por la traducción del texto de Emmy Hennings, Alejandro Cortés González; © por la traducción del texto de William Shakespeare, Ángel Luis Pujante; © por la traducción del texto de Herman Melville, José María Valverde Pacheco; © por la traducción del texto de Arthur Rimbaud, Antonio Martínez Sarrión; © por la traducción del texto de Franz Kafka, Miguel Sáenz. Licencia editorial otorgada por Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.; © por la traducción del texto de Fiódor Dostoyevski, Víctor Andresco Kuraitis. Licencia editorial otorgada por Alianza Editorial, S.A.; © por la traducción del texto de Carson McCullers, María Campuzano

Corrección de estilo a cargo de Harrys Salswach

© Editorial Planeta, S. A., 2021

temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2021

ISBN: 978-84-9998-900-6

Depósito legal: B. 16.500-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

| | |
|---|-----|
| Prólogo. <i>Donde nos reunimos</i> | 7 |
| Jane Austen. <i>Persuasión</i> | 11 |
| Omar Jayam | 21 |
| R. L. Stevenson. <i>La isla del tesoro</i> | 23 |
| Emmy Hennings. <i>Después del cabaret</i> | 31 |
| Joan Sales. <i>Incierta gloria</i> | 33 |
| <i>Carmina Burana</i> | 63 |
| William Shakespeare. <i>Enrique IV</i> | 67 |
| Herman Melville. <i>Moby Dick</i> | 85 |
| Aristófanes. <i>Lisístrata</i> | 105 |
| Mariano José de Larra. <i>El café</i> | 109 |
| Anna Pacheco. <i>Los saludos</i> | 125 |
| Catulo | 135 |
| Anónimo. <i>Cortesanías y opio</i> | 137 |
| Arthur Rimbaud. <i>En la taberna verde</i> | 151 |
| Jaime Gil de Biedma. <i>Revista de bares (o apuntes para una prehistoria de la difunta «gauche divine»)</i> | 153 |
| Franz Kafka. <i>El Castillo</i> | 169 |
| Miguel de Cervantes. <i>Don Quijote de la Mancha</i> | 179 |

| | |
|---|-----|
| Mary Ann Evans (George Eliot). <i>Silas Marner</i> | 189 |
| Fernando Pessoa. <i>Callos a la manera de Oporto</i> | 199 |
| Fiódor Dostoyevski. <i>Humillados y ofendidos</i> | 201 |
| Emilia Pardo Bazán. <i>Los pazos de Ulloa</i> | 215 |
| Yosa Buson | 229 |
| François Rabelais. <i>Gargantúa y Pantagruel</i> | 231 |
| Miqui Otero. <i>A ver si nos vemos</i> | 235 |
| Ramón del Valle-Inclán. <i>Luces de bohemia</i> | 249 |
| Carson McCullers. <i>Un árbol. Una roca. Una nube</i> | 257 |
| Manolo Martínez (Astrud). <i>Acordarnos</i> | 269 |
| <i>Biografía</i> | 271 |

JANE AUSTEN
PERSUASIÓN
Capítulo XXIII

Traducción de Marina Pérez-Black

Apenas había transcurrido un día desde la conversación que Anne tuvo con Smith, pero ahora se sentía más interpelada por la mala conducta de Elliot. Quiso informar a Lady Russell, pero la explicación debía aplazarse porque se había comprometido a estar con los Musgrove desde el desayuno hasta la cena. La conversación sobre el carácter de Elliot debía dejarse para otro día.

Pero no pudo llegar puntual; el tiempo vino malo y lo lamentó mucho por sus amigos, y también por ella, que se quedó sin poder dar su paseo. Pero al llegar a White Hart, se dio cuenta de que pese a llegar tarde solo dos personas se le habían avanzado. La señora Croft, que conversaba con la señora Musgrove, y el capitán Harville, que lo hacía con el capitán Wentworth. De inmediato se dio cuenta de que Mary y Henrietta, impacientes por naturaleza, habían aprovechado la lluvia para dar un paseo, pero solo después de arrancarle a la señora Musgrove el compromiso de no dejar marchar a Anne hasta que estuvieran de vuelta. No le quedó otro remedio que acceder a la petición, sentarse, y ver cómo las agitaciones y los lamentos de la noche anterior volvían a apoderarse de ella. No podía esperar ni un minuto de tregua. De la extrema miseria pasaba a una felicidad demasiado intensa, para volver a sumergirse en la extrema mi-

seria. Dos minutos después de sentarse escuchó la voz del capitán Wentworth:

—Escribiremos esa carta ahora mismo, Harville, si me proporciona lo que necesito.

Pluma y papel quedaban a mano, sobre una mesa algo apartada. El capitán se dirigió allí y se puso a escribir de espaldas al resto de los invitados.

La señora Musgrove le contaba a la señora Croft la historia del compromiso de su hija mayor, con ese tono que se pretende discreto pero que cualquiera puede escuchar. Anne sentía que no formaba parte de esa conversación, pero como el capitán Harville parecía pensativo y poco propenso a hablar no pudo evitar escuchar una serie de detalles, que pese a la delicadeza y el gusto con el que los expresaba la señora Musgrove no dejan de ser algo indelicados, cosas de las que solo los interesados debían estar al corriente. La señora Croft escuchaba con una atención casi devota y solo respondía cosas muy sensatas. Anne confiaba en que los caballeros estuviesen lo bastante ocupados como para no enterarse de la conversación:

—Y si tenemos todo esto en consideración —iba diciendo la señora Musgrove convencida de no estar alzando la voz—, aunque quizás no sea la mejor opción, tampoco tenía sentido seguir oponiéndonos. Charles Hayter está loco por ella, de manera que lo mejor es que se casen cuanto antes y que sean tan felices como tantos otros lo fueron antes que ellos. Es una solución mucho mejor que cualquiera de esos compromisos interminables.

—¡Me lo quita de la boca! —exclamó la señora Croft—. Prefiero que los jóvenes se casen con una renta pequeña, compartiendo las

dificultades unidos antes que enfrentarse a las incertidumbres de un compromiso interminable. Siempre he creído que...

—Mi querida Croft —le interrumpió la señora Musgrove—, no existe nada más penoso en este mundo que los compromisos largos. Y me opongo firmemente a que un hijo mío pase por uno. Admito los compromisos si se da la oportunidad de casarse en seis meses, incluso en un año... pero ¿un compromiso largo? Nada de nada.

—No puedo estar más de acuerdo, es un compromiso demasiado incierto cuando no se sabe ni si se tendrán los medios para casarse. No es propio de personas inteligentes, y creo que cualquier padre juicioso debería impedir que sus hijos evitasen esta vía.

Anne se interesó por la conversación. Le parecía que se podía aplicar a ella. Un escalofrío la recorrió de pies a cabeza, y justo cuando su mirada se dirigió a la mesa del capitán Wentworth, le vio levantar la pluma del papel, dejar de escribir, y posar sus ojos en ella.

El capitán Harville no había escuchado nada de la conversación, pero se levantó de la silla en ese momento y se acercó a la ventana. Anne le miraba pero su pensamiento estaba ausente. Tardó en entender que Harville la invitaba a sentarse a su lado. Lo comprendió porque la miraba con una suave sonrisa y con un movimiento de cabeza que solo podía querer decir: «Venga, tengo que decirle algo». Anne se levantó y se acercó a la ventana situada al extremo contrario de donde se encontraban sentadas las señoras, y aunque estaba más cerca de la mesa ocupada por Wentworth era del todo improbable que pudiera escucharles desde allí. Al acercarse el rostro de Harville regresó a su habitual seriedad.

—Mire —le dijo, mientras desenvolvía un paquete para mostrarle un retrato en miniatura—, ¿sabe quién es?

—Sí, el capitán Benwick.

—Por supuesto, y seguro que también adivinará quién es el autor. Pero no fue hecho para ella. Señorita Elliot, ¿recuerda nuestra caminata en Lyme? Qué poco podía imaginarme... pero no tiene sentido sacar todo aquello a colación. Esto se hizo en El Cabo, es obra de un artista alemán, en cumplimiento de una promesa que le hice a mi pobre hermana, le hice posar para él. Y lo traje conmigo a casa, ¡y ahora tengo que entregárselo a otra! ¡Menuda tarea! Pero entiendo que solo yo podía hacerme cargo. Aunque confieso que no me molesta que otro se encargue ahora. El capitán Wentworth ha aceptado, está escribiendo ahora mismo. Pobre Fanny, ella no le habría olvidado tan pronto.

—Desde luego que no —dijo Anne con una voz baja y sentida—, estoy segura.

—Le adoraba. Era parte de su naturaleza.

—Forma parte de la naturaleza de cualquier mujer que ame de verdad.

—¿Pide usted ese privilegio para todo su sexo?

Anne le respondió con una sonrisa:

—Sí. Las mujeres no olvidamos tan pronto como los hombres se olvidan de nosotras. Pero quizás sea un destino y no un mérito. No podemos evitarlo. Vivimos dentro de las casas, quietas, encerradas, y en este estado de indefensión los sentimientos nos avasallan. Los hombres están obligados a salir de casa. Tenéis una profesión, objetivos, negocios que os arrastran de nuevo al mundo después del amor, y la ocupación continua mitiga vuestros sentimientos.

—Incluso si admitiera que el mundo cura así a los hombres, algo que no admito, no creo que se le pueda aplicar a Benwick. Es un hombre sin ocupación. La paz le devolvió a la tierra, y desde entonces no ha salido del pequeño círculo familiar.

—Vaya, si es así, no lo recordaba. Pero si el cambio que ha sufrido Benwick no proviene de las circunstancias externas, entonces

será a causa de la propia naturaleza del hombre trabajando desde el interior.

—No, no se trata de la naturaleza del hombre. No voy a dejarme convencer de que la naturaleza del hombre sea más inconstante que la de la mujer. Que olvide primero a la persona que ha amado, al contrario, creo que nuestras almas y nuestros cuerpos son bastante parecidos. Un cuerpo sano alberga pensamientos fuertes, capaces de soportar los malos tratos y de superar las tempestades.

—Los sentimientos del hombre pueden ser más fuertes —replicó Anne—, pero siguiendo su analogía me atrevo a defender que los de las mujeres son más tiernos. El hombre parece más sano que la mujer, pero vive menos tiempo, y eso contribuye a defender mi impresión sobre la diferencia de sus sentimientos. Sería demasiado duro para ustedes si fuese distinto: afrontan dificultades, peligros que deben vencer, y sufren toda clase de privaciones. Siempre están trabajando, viven continuamente expuestos a los riesgos y a la dureza de los elementos. Su vida consiste en despedirse y en abandonar el hogar, la patria y a sus amigos. Su tiempo, su salud y su vida dependen del azar. Llevan una existencia muy dura. —Esta última frase la dijo con una leve vacilación, como si uniera a la dureza de las palabras la emoción propia de una mujer.

—Nunca nos pondremos de acuerdo en este asunto.

Justo cuando las palabras salían de la boca del capitán Harville, un ruido le hizo mirar en dirección hacia donde estaba el capitán Wentworth. Se le había caído la pluma, pero estaba más cerca de lo que debería, de manera que Anne sospechó que aquella pluma caída era un movimiento para escuchar lo que estaban hablando, pero a esa distancia poco o nada podía haber captado.

—¿Ha terminado ya la carta? —le preguntó el capitán Harville.

—Todavía no. Me quedan unas líneas. Concédame cinco minutos.

—No tengo la menor prisa. Estaré listo cuando usted lo esté. Estoy en la mejor compañía, y no necesito nada más. Bien, señorita Elliot —continuó en voz baja—, como le iba diciendo, nunca nos pondremos de acuerdo en este asunto. Es probable que ningún hombre se ponga jamás de acuerdo en esto con ninguna mujer. Pero déjeme insistir en algo: todos los relatos están en contra de ustedes. Da igual que se hayan escrito en prosa o en verso. Si tuviese tan buena memoria como Benwick le recitaría ahora mismo cincuenta frases para reforzar mi argumento. Estoy convencido de que no se ha escrito un solo libro en la historia que no señalase un aspecto de la inconsistencia femenina. Canciones y proverbios, todo gira alrededor de la veleidad de la mujer. Aunque quizás usted me replique que todos fueron escritos por varones.

—Quizás se lo replique... pero, por favor, no me venga con ejemplos sacados de libros. Allí los hombres tienen toda la ventaja sobre las mujeres, pues son ellos los que cuentan las historias. Les han dado una educación superior y sienten la pluma en su mano como un derecho. No admito nada que aparezca en los libros como prueba.

—Entonces ¿cómo vamos a probar nada?

—Nunca alcanzaremos nada definitivo sobre este asunto. Son diferencias de opinión que no pueden resolverse. Si prolongásemos la discusión ambos terminaríamos presentando como prueba una anécdota mínima y circunstancial a favor de nuestro sexo, y sobre ella construiríamos edificios llenos de aire, que solo se sustentan en la experiencia de nuestros pequeños círculos. Y seguramente las pruebas más concluyentes no podríamos pronunciarlas sin traicionar una confidencia o revelar cosas que están mejor entre las sombras.

—¡Ah! —exclamó Harville, como si un profundo sentimiento se hubiese apoderado de él—. Me conformaría si lograra transmitirle lo

mucho que sufre un hombre cuando ve por última vez a su esposa y a sus hijos, antes de subirse al barco que le alejará de ellos, mientras se dice: «Quién sabe si volveré a verlos». Aunque quizás sería mejor poder mostrarle la alegría que se amontona en el alma de ese mismo hombre cuando se reencuentra con ellos. A veces ese hombre se ve obligado a detenerse en un puerto, a retrasar una vez más la fecha estipulada para volver a verlos, y cuando llega el momento, ¡es como si el cielo nos hiciera crecer unas alas en la espalda! Como si el tiempo que los separaba no hubiese existido. ¡Si pudiese transmitirle todo esto y todo lo que un hombre está dispuesto a soportar y luchar por los tesoros de su existencia! Por supuesto que hablo solo de hombres de buen corazón —y se llevó la mano al suyo.

—Si me permite que sea sincera, creo que mis palabras son justas con todo lo que usted siente, y con lo que sienten las personas que se parecen a usted. Que Dios no me permita defender que la fidelidad y la ternura son emociones exclusivas de mi sexo. Yo misma me despreciaría si me escuchase defender que la constancia y los sentimientos cálidos son patrimonio de las mujeres. No es así, estoy convencida de que los hombres son capaces de obrar de manera decente y magnífica dentro de sus matrimonios. Les considero capaces de soportar cualquier cambio de la fortuna, de solucionar todos los problemas domésticos... siempre, si me lo permite decirlo así, que disfruten de la lealtad absoluta de la mujer, como se disfruta de la de un adorno. Mientras la mujer a la que ustedes aman, vive y ama exclusivamente para ustedes. El único privilegio que reclamo para mi sexo, y no es algo que pueda despertar su envidia, no se alarme, es que nuestro amor es más grande, y que sigue vivo cuando la presencia y la esperanza se han desvanecido.

No pudo añadir una sola palabra, sentía el corazón a punto de estallar, jadeaba.

—Disfruta usted de un corazón enorme —le dijo el capitán Harville mientras la sostenía del brazo con afecto—. No volveremos a discutir nunca. Desde este momento mi lengua está sujeta en todo lo que tiene relación con Benwick.

Se fijaron en el resto de los presentes. La señora Croft se retiraba.

—Aquí debemos separarnos. Me voy a mi casa y tú tienes un compromiso con tu amigo. Pero esta noche tendremos el placer de encontrarnos todos de nuevo en casa de Anne. Ayer recibimos la carta de su hermana. Estoy casi seguro de que a ti también te invitaron. No tienes ningún otro compromiso, ¿verdad?

El capitán Wentworth no pudo despedirse como era debido pues estaba doblando apresuradamente una carta.

—Sí —dijo, distraído—, así es. Aquí es donde nos separamos. Pero Harville y yo te seguiremos enseguida. Si Harville está listo, yo lo estaré en medio minuto. Dame ese minuto y me tienes a tu disposición.

La señora Croft se alejó y el capitán Wentworth, después de doblar con rapidez la carta, empezó a mostrarse inquieto, impaciente por marchar. Anne no supo cómo interpretar aquel comportamiento y menos cuando el capitán Harville se despidió de ella con un cariñoso: «Que pase un buen día», mientras que Wentworth apenas le dedicó una mirada ni un gesto. ¡Se fue del salón sin despedirse de ella!

Anne apenas empezaba a acercarse a la mesa donde él había estado escribiendo cuando empezaron a escucharse unos pasos. Se abrió la puerta, era Wentworth. Pidió disculpas por el regreso, se había olvidado unos guantes, cruzó el salón hasta llegar delante de la mesa, y de espaldas a la señora Musgrove, alzó una carta ante los ojos de Anne. Cogió sus guantes y se alejó del salón antes incluso de que la señora Musgrove advirtiese su presencia.

Anne sintió una revuelta del ánimo casi inexplicable. La direc-

ción de la carta estaba ilegible, pero podía leerse a «la señorita A. E». No había duda posible, era la misma carta que había doblado a toda prisa. ¡Del contenido de esa carta dependía todo lo que el mundo podía ofrecerle! ¡Todo era posible! ¡La duda lo corroía todo! Se dejó caer en la silla y se puso a leer:

No soporto más vivir en este silencio. Necesito hablar con usted por cualquier medio que tenga a mi alcance. Verla me desgarrar el alma. Vivo suspendido entre la agonía y la esperanza. No me diga que es demasiado tarde, que los preciosos sentimientos que nos unían se han desvanecido para siempre. Me ofrezco a usted de nuevo con un corazón que le pertenece todavía más que hace ocho años y medio cuando lo destruyó. No se atreva a decir que los hombres olvidamos nuestros sentimientos antes que las mujeres. No se atreva a decir que nuestro amor muere antes. No he amado a otra persona, solo a usted. Puedo haber sido injusto, débil y rencoroso, pero jamás he sido inconsciente. He venido a Bath por un solo motivo: para verla a usted. ¿No se ha dado cuenta de que solo por usted planeo y proyecto? ¿Es incapaz de interpretar mis deseos? No habría esperado diez días a hablarle si fuese capaz de interpretar sus sentimientos como usted es capaz de interpretar los míos. Apenas puedo escribir de la emoción. Cada vez que escucho una palabra suya los nervios me dominan. Baja usted la voz, pero percibo su tono. ¡Bella y buena criatura! Sus palabras no hacen la menor justicia a los hombres. Sepa que los hombres son capaces del verdadero afecto y de la mayor constancia. Y créame cuando le digo que nada ama con mayor fervor que un hombre.

F. W.

Debo irme, no tengo otra opción. Pero volveré o me reuniré con su círculo en cuanto me sea posible. Con una palabra o una mirada me

daré por enterado de que debo ir a ver a su padre. Será esta noche o nunca.

Anne no lo tuvo fácil para reponerse del efecto que le causó la carta. Quizás con media hora reflexionando a solas se hubiese calmado, pero no tuvo ni diez minutos antes de que la interrumpieran. La cercanía de la gente la agitó todavía más, cada segundo que pasaba se incrementaba su desasosiego. Al final comprendió que lo que le aplastaba era la felicidad. Forcejeó con la necesidad de reponerse, se unió a las conversaciones, pero se dio cuenta de que no entendía ni una palabra de lo que decían.

Alegó una indisposición y se disculpó, no tuvo que hacer el menor esfuerzo para que creyesen que estaba enferma, de manera que temió que no quisieran dejarla sola, lo que equivalía al desastre. Ojalá la hubiesen dejado retirarse a su habitación, pero estar rodeada de personas le parecía insoportable. En plena angustia les informó de que quería irse a casa.

—Claro que sí, querida —le respondió la señora Musgrove—, vuelva usted a su casa y repose, así se encontrará mejor por la noche. Me gustaría mucho que Sara estuviese aquí para cuidarla, los cuidados no se me dan nada bien. Charles, avisa a un coche, la señorita no puede volver a casa caminando.